



DAVID MARTÍ

EL PIRATA  
*de* CALA MORISCA

*Premio Néstor Luján  
de Novela Histórica*

Año 1779. Al joven Amat Vidal, un pescador de Sitges enamorado del mar, le cambia la vida el descubrimiento de un gran secreto familiar y la entrega a traición de su amada Vinyet a Lord Templeton, un noble inglés, para saldar una gran deuda familiar. Llevado por la fortuna y el destino, acabará enrolado en un barco pirata, donde vivirá aventuras extraordinarias más allá del océano Atlántico y descubrirá el auténtico valor de la amistad, el coraje y el amor verdadero que lo marcó para siempre en un bello lugar de su infancia: cala Morisca.

EL JURADO DEL PREMIO NÉSTOR LUJÁN DE NOVELA  
HISTÓRICA (2018) ESTABA FORMADO POR: GLÒRIA  
GASCH, TIN LUJÁN, VICENT SANCHIS, JAUME  
SOBREQUÉS Y MARIA CARME ROCA.

*Este libro está dedicado a todas las personas  
que se atreven a alejarse de los puertos seguros  
para disfrutar del viento, del mar y de la libertad.*

*A mi madre, María Rosa,  
una alma libre.*

«Buen viaje haya tenido, por la gracia de Dios y de la Virgen del Vinyet, la polacra del patrón Agustín Sanç, tan cargada de géneros y también de sitgetanos briosos. Ella y las otras maderas hermanas».

## Parte 1

# MAR MEDITERRÁNEO

(Año 1779 de Nuestro Señor)

## 1

*El pescador de Sitges*

Si la vida fuera justa, nadie debería quedarse solo en el mundo, ni tampoco vivir sin las respuestas que dan calor y sentido a la existencia. Amat Vidal no tuvo más remedio que aprender estas dos lecciones a la vez, el mismo día en el que su tío moría entre sus brazos, junto a un gran charco de sangre.

El muchacho, triste y abatido, resiguió con los dedos la estrella de mar dibujada en la madera y, sin sacarse de la boca la medalla de la Virgen del Carmen que siempre llevaba colgando del cuello, cogió la maroma y empezó a arrastrar la barca en dirección al agua.

La luna pintaba de plata las olas que iban a morir a la playa de la Fragata, y el joven pescador, con la mirada perdida en el horizonte, tuvo que detenerse para recuperar el aliento antes de dar un último tirón a la cuerda de cáñamo y adentrarse en el mar.

Con la ayuda de los remos se alejó de la costa buscando aguas más profundas y, cuando sintió el viento en la cara, izó la vela y maniobró hasta que enfiló el rumbo que más le convenía para llegar a su destino.

Las estrellas brillaban con fuerza en la inmensidad del cielo y, cuando navegaba frente a la punta de la Cueva del Pebre, recordó la primera vez que había hecho aquella misma travesía en compañía de su tío. Entonces se volvió a sentir pequeño y desvalido, como cuando era un chiqui-

llo de cabellos negros y rebeldes a quien todo le daba miedo.

En aquella primera ocasión no había podido dejar de temblar. Cogido al palo mayor de la barca, solo se dejó ir cuando el pescador le ofreció sus manos para ayudarlo a desembarcar en cala Morisca, que, en su imaginación infantil, le pareció la dentellada de un pez gigantesco en las rocas.

Amat, con el paso del tiempo, acabó conociendo cada palmo de la cala donde los piratas berberiscos, durante siglos, habían establecido un refugio desde donde saqueaban los barcos que cometían la imprudencia de navegar frente a las costas del Garraf.

El pescador recordaba cuando cogían pulpos y doradas a resguardo de la bahía, y también las noches de verano que habían pasado estirados en la arena, explicándose viejas historias bajo la luz de la luna. Por ese motivo, después de toda una vida juntos, y convencido de que jamás había existido ningún secreto entre ellos, abrió los ojos como platos cuando su tío, después de escupir un gargajo sanguinolento en el lebrillo, lo llamó desde la cama para hablar con él.

—Pronto tendrás que salir al mar tú solo, Amat... —dijo el enfermo mientras se limpiaba con el pañuelo los restos de sangre que le habían quedado en la boca.

—¿Qué decís, tío? El médico me ha dicho que si tomáis cada dos horas una cucharada del jarabe que os ha recetado, dentro de pocos días ya estaréis fuerte para volver a pescar —lo interrumpió el joven, sin poder apartar la mirada del esputo que su tío acababa de expectorar.

—El médico se equivoca, muchacho, y tú lo sabes. Solo hace falta que veas la sangre que me sale cada vez que toso. Por eso es muy importante que, antes de que sea demasiado tarde, te explique algo que hace mucho tiempo que me guardo en el buche.



–Tío, ahora no habléis más y guardaos las fuerzas, por favor. Ya veréis como os... –dijo el chico tratando de animarlo, aunque sin demasiada fortuna.

–¡Calla, por el amor de Dios! ¡Calla y escucha con atención! –gritó el enfermo mientras se incorporaba en el catre y el joven lo sujetaba con fuerza.

Amat, sorprendido por la manera de hablar de aquel hombre que no le había levantado la voz en toda la vida, se quedó callado, sin acabar de entender lo que pasaba.

–Hace mucho tiempo, alguien me pidió que, cuando llegara el momento, te diera una cosa...

Era evidente que el viejo pescador había sabido captar su atención, y el muchacho se sentó a su lado, mientras le sujetaba las manos. Aquel gesto emocionó profundamente al anciano, que, de repente, empezó a sollozar mientras las lágrimas le resbalaban por las mejillas mal afeitadas y coloradas por la fiebre.

–Amat, ¿crees que lo he hecho bien? –quiso saber el hombre tras un largo silencio mientras acercaba las manos de su sobrino al pecho.

–¿Qué queréis decir, tío? –preguntó Amat sin soltarle las manos ni un solo instante.

–Quería saber si te he hecho bien de padre... –confesó finalmente el viejo.

El muchacho nunca se hubiera esperado que su tío le planteara una cuestión como aquella y, después de estremecerse con los silbidos de la respiración fatigada del anciano, le respondió con la voz entrecortada.

–No conocí a mis padres, esto ya lo sabéis mejor que nadie. Vos me habéis hecho de padre, de amigo y de maestro... y si queréis que os diga la verdad, a lo largo de todos estos años, con vuestra manera de hacer, habéis conseguido que nunca los echara de menos.

–Lo he hecho lo mejor que he sabido, Amat. Para mí siempre serás mi hijo, y ahora que me dices esto, ya sé que me puedo ir en paz...

–Pero, tío, ¿de qué habláis? ¿No veis que no me podéis dejar solo? ¿Qué haría yo sin vos? –dijo Amat mientras se secaba las lágrimas con la manga del camisón.

–Amat, lo que te quería explicar es que, cuando yo muera, debes ir a cala Morisca para buscar una cosa que hace muchos años me dio tu padre para ti. ¿Me prometes que lo harás?

Al escuchar la extraña petición de su tío, el muchacho se levantó de golpe de la cama.

–¿Mi padre? ¿Por qué me habláis ahora de mi padre? –preguntó mientras se llevaba las manos a la cabeza.

–Él me pidió que lo hiciera así... –su tío tenía la voz cada vez más cansada.

–¿Pero por qué me habláis de mi padre ahora y no antes? –se desesperó el joven.

En aquel momento, su tío cerraba los ojos, ya moribundo.

Amat embarrancó la barca en la arena y, siguiendo las indicaciones que le había dado su tío antes de morir, se acercó a la vieja encina que crecía en la cala. Allí removió unas piedras que había junto al árbol y fue entonces cuando encontró lo que buscaba.

Cuando el muchacho vio la piedra grabada con la estrella de mar que él mismo había pintado tantas veces en la barca, no se lo podía creer, y de la sorpresa, soltó un reniego que resonó por la cala como si fuera un trueno. El joven, con el corazón desbocado, comenzó a escarbar con la azada que había llevado de casa, hasta que, después de sacar unos cuantos capazos de arena, picó contra unas losas que parecían proteger una especie de escondite.

–¿Qué sentido tiene todo este misterio, tío? –se dijo en voz alta mientras apartaba las piedras y desenterraba lo que parecía el saco viejo y apedazado de un marinero.

Amat regresó a la barca y enseguida probó de deshacer el nudo con las manos, pero al comprobar que la cuerda estaba demasiado seca, buscó la navaja en el bolsillo y, dejándose llevar por la impaciencia, destripó el saco como si fuera un pescado a punto de cocinar.

El chico no fue capaz de entender por qué su tío no le había hablado nunca de lo que contenía aquel costal y, por primera vez en la vida, se enfadó con él.

Pero la rabia no le duró demasiado.

De repente sintió como si una mano invisible le retorciera el estómago, y se tuvo que poner a cuatro patas para vomitar. Fue entonces cuando el muchacho tuvo claro que, aparte de dejarlo solo en el mundo, su tío también se había llevado a la tumba algunos secretos que, muy probablemente, jamás podría llegar a revelar.

## 2

*La Virgen del Vinyet*

Cuando llegó a casa, lo primero que hizo Amat fue echarse en la cama y cerrar los ojos, como si con este sencillo gesto pudiera volver al pasado y recuperar su mundo que, en cuestión de solo unos días, parecía derrumbarse a su alrededor.

Los sueños del pescador estaban cargados de pesadillas en las que se veía navegando en solitario por un mar desconocido en medio de una terrible tormenta. La proa del barco que comandaba estaba decorada con un mascarón que reproducía el rostro de la mujer más bella que hubiera visto jamás, y mientras la nave cortaba las olas como un cuchillo recién afilado, en el horizonte se hacía cada vez más visible la silueta de una isla misteriosa rodeada de niebla.

De repente, Amat tuvo la sensación de que todo se aceleraba. El barco, con todas las velas desplegadas al viento de través, avanzaba hacia un arrecife traidor que, aparecido de la nada, amenazaba con convertirlo en astillas. Y cuando ya estaba a punto de chocar y embarrancar parecía inevitable, despertaba empapado en un mar de sudor.

Amat abrió los ojos muy lentamente y enseguida paseó la mirada por la habitación con la intención de comprobar si el saco que había desenterrado en día anterior de cala Morisca también formaba parte de aquella pesadilla cargada de malos augurios.

El costal estaba apoyado en el baúl que tenía a los pies de la cama y, al verlo, se estremeció porque se dio cuenta

de que todo aquello era bien real.

El repique de las campanas de la iglesia de San Bartolomé y Santa Tecla, que se escuchaba a través de las ventanas medio abiertas, lo distrajo un rato de sus pensamientos y le hizo recordar que aquel día se celebraba en el pueblo la festividad de la Virgen del Vinyet.

A pesar de que la tarde se encontraba bastante avanzada, si se apresuraba probablemente todavía podría llegar a la misa que se celebraba en la ermita dedicada a la Virgen que se encontraba en las afueras del pueblo.

El chico, harto de aquella mala suerte que lo perseguía, no se lo pensó más. Necesitaba distraerse de todos aquellos pensamientos que lo obsesionaban, y llenó el lebrillo para lavarse la cara antes de salir de casa.

Enseguida agradeció sentir la marinada en el rostro y, un poco más sereno, el pescador se dirigió a la playa de la Fragata y desde allí corrió por la orilla del mar hasta que llegó al camino viejo de Vilanova. El sol del atardecer encendía con fuego los cultivos de aquel rincón del Mediterráneo, y justo cuando el astro rey se ocultaba entre las viñas, un par de voces conocidas lo llamaron. Amat, que todavía resoplaba después de la carrera, enseguida agradeció encontrarse con sus amigos, y antes de que ninguno de los dos abriera la boca, abrazó con todas sus fuerzas a Gaspar y a su hermana Vinyet.

–Hoy no tengo muy buen día, amigos. Esta noche apenas he podido descansar por culpa de unas pesadillas terribles –les confesó mientras paseaban por la feria que cada año por aquellas mismas fechas se instalaba por los alrededores de la iglesia.

–Pensaba que ya no tenías pesadillas –respondió la joven pelirroja mientras le clavaba su mirada oscura.

–Yo también me lo pensaba, Vinyet. Pero estaba equivocado. Todo parecía tan real que solo de recordarlo, me vuelve a faltar el aire... –dijo el pescador mientras un sudor frío le recorría la espalda y le provocaba un escalofrío.

–¿Has soñado con tu tío? –quiso saber Gaspar.

–No, pero mi tío está muy relacionado con lo que me pasa –dejó ir Amat con un deje cargado de misterio.

–Amat, ¿no nos lo quieres explicar? –preguntó Vinyet mientras sujetaba a su amigo del brazo y le besaba en la mejilla.

–La verdad es que no sabría por dónde empezar...

–Amat, por favor, habla claro y sin tapujos. ¿Qué te pasa? –quiso saber ella mientras el pescador suspiraba, visiblemente cansado.

–Haremos una cosa... Es mejor que vengáis a casa y que veáis con vuestros propios ojos lo que he encontrado...

Amat salió de su habitación con el saco apedazado en la mano y, después de respirar profundamente, se decidió a explicar todo lo que había pasado el día anterior.

–Ayer al alba regresé a cala Morisca. La verdad es que la muerte de mi tío me ha dejado muy afectado y no tenía ganas ni de salir al mar, pero debía cumplir una promesa –explicó mientras dejaba el saco encima de la mesa y acercaba unas sillas.

–¿Una promesa? –exclamaron los hermanos mientras se sentaban sin apartar la vista del costal.

–Sí, prometí a mi tío que iría a cala Morisca a buscar este saco –dijo antes de permanecer un rato en silencio.

Gaspar, visiblemente nervioso, se acercó al estante de la cocina y cogió una botella de vino y unos vasos que se habían quedado encima de un trapo para terminar de secarse. Después escanció un par de dedos de bebida en cada uno y se lo dio a Vinyet y Amat, antes de sentarse para acabar de escuchar las explicaciones de su amigo.

–Yo nunca supe nada de este saco hasta que me habló de él mi tío. De hecho, para ser exactos, lo que me hizo

prometer fue que iría a cala Morisca a desenterrar una cosa. Y esto es lo que encontré.

—¿Entonces, el costal estaba enterrado? —quiso saber Vinyet, que parecía contagiarse del nerviosismo de su hermano y daba pequeños sorbos al vaso que sostenía entre las manos—. ¿Y cómo lo encontraste?

—Mi tío me dijo que lo encontraría junto a la encina, justo bajo una piedra grabada.

—¡No entiendo nada! —exclamó Gaspar—. ¿Una piedra grabada? ¿Un saco enterrado? ¿No quieres decir que tu tío no tenía ganas de gastarte una broma?

—Ya sé que esto que os explico suena muy extraño. Pero... ¿y si os dijera que, además, mi tío grabó la piedra bajo la que encontré el saco con la misma estrella de mar que hay pintada en nuestra barca?

Los hermanos, llegados a este punto, pensaron que su amigo se estaba trastornando.

—¿Nos tomas el pelo? —quiso saber enseguida Gaspar.

—Yo sí quiero creerte, Amat, pero dinos, ¿por qué crees que tu tío se tomó tantas molestias por un saco viejo como este? ¿No era más fácil dártelo antes de morir?

—Sí, pero si lo hizo de esta manera fue porque así se lo pidieron... —explicó el pescador con la mirada clavada en el vaso que sujetaba entre las manos.

—¿De verdad? ¿Y podemos saber quién le pidió que lo hiciera así? —preguntó Gaspar sin tener muy claro qué pensar sobre todo aquello.

—Fue mi padre. Él le pidió a mi tío que enterrara el saco en un lugar que solo yo pudiera encontrar cuando llegara el momento.

Los gemelos se miraron, y después de unos segundos, Vinyet, con un hilo de voz, preguntó la única cuestión que todavía quedaba sin respuesta.

—Amat, ¿qué hay en este saco?

El pescador encendió unas lámparas de aceite para iluminar bien el comedor y, después, con mucho cuidado,